

EPISTEMOLOGÍA DE LA PALABRA PARA LAS CIENCIAS DEL TURISMO

Maximiliano Korstanje

Universidad de Palermo, Argentina

Resumen.- El siguiente trabajo intenta ser un aporte de tipo teórico sobre los errores más comunes que sostienen los turismólogos como verdades incuestionables. El Patrimonio turístico, el desarrollo sustentable, la clases ociosas, la vinculación del ocio romano al turismo y muchas otras, son cuestionadas por nuestra perspectiva. En este sentido, perseguimos la idea que sólo el aporte crítico permite la emancipación y la construcción del objeto científico.

Palabras claves.- *Patrimonio, Desarrollo, Clase Ociosa, Otium, Crítica*

Abstract.- The following work is intent to focus theoretically on the errors where the tourism researches make rigid truths. The Tourist Patrimony, sustainable development, leisure classes, and the liaison between otium and modern tourism (and another else more) look to be from our perspective fully questionable. As a result of this, we follow the idea that only the critic approach allow us to emancipate our proper thoughts and build a scientific point of view.

Kew Words.- *Patrimony, Development, Leisure Class, Otium, Critical perspective*

Introducción

Los términos y las palabras son funcionales a la vida social, permiten que los hombres puedan compartir marcos de referencia en forma coherente. Sin embargo, en ocasiones la permeabilidad o el uso ideológico de los mismos llevan a confusiones o a callejones sin salida. El siguiente artículo crítico ha sido escrito por medio de diferentes trabajos realizados durante 4 años en relación a temas que pueden no estar necesariamente Inter.-conectados entre sí pero que hacen al turismo como disciplina científica (o como proyecto de tal).

En la primera parte, trataremos la relación entre el lenguaje, la palabra y la comprensión desde la perspectiva lingüística para luego abordar por medio del paradigma sistémico la relación causal del término porque en las sentencias semánticas. En una tercera fase, desarrollaremos los alcances y limitaciones que adquiere el término patrimonio turístico y su uso corriente dentro del turismo. Asimismo, en una cuarta etapa dialogaremos con la antropología para el desarrollo y la antropología del desarrollo en cuanto al uso y abuso de tal término. La hegemonía confisca, manipula y da sentidos a ciertos términos creado tramas de simbolismo en un sentido unívoco. Por tal motivo, también nos encargamos de criticar los conceptos de Clase ociosa como las reminiscencias o abordajes de los turismólogos con respecto al ocio romano, creído en forma errónea como el antecesor del turismo moderno.

El Lenguaje, la palabra y la comprensión

El lenguaje ha sido parte sustancial en algunos epistemólogos para explicar como se construye el mundo de los hombres. Así, investigadores de la talla de Edgard Saphir y Benjamin Lee Whorf mantendrán sus tesis de que el lenguaje es el principal responsable de la construcción social. Para estos autores, no existe el mundo social sin el lenguaje. En efecto, Ceberio y Watzlawick explican que *“es importante aclarar la subjetividad del hecho que se constituye en evento, de acuerdo con la atribución de sentido con que se lo revista. El acaecimiento de algo no es relevante en sí mismo, sino que es un estímulo que cobrará repercusión, y será de considerable intensidad o no, únicamente para el sujeto percibiente; por lo tanto, si deja huella o cobra significación, dependerá de la construcción que elabore el individuo.”* (Ceberio y Watzlawick, 1998:153)

En tal caso, los autores distinguen “la construcción de lo real” en dos estadios bien definidos, el primer orden sugiere la idea de aquellas construcciones compartidas por el grupo de referencia más cercano, por ejemplo “todos sabemos que una mesa tiene cuatro patas”; en consecuencia, la realidad de segundo orden implica la idea subjetiva (compartida o no) sobre un objeto dado y una explicación tentativa de su “estar allí”; siguiendo la misma línea, una mesa puede ser imaginada de diferentes formas: de vidrio, madera etc. Estas construcciones secundarias obedecen a las experiencias previas del sujeto y su construcción cognitiva del mundo que lo rodea. Según el paradigma sistémico, el sujeto crea su realidad y por medio de ella observa el medio deificando la misma realidad. En este sentido, las palabras y los términos propios del lenguaje adquieren similar significación. Todos sabemos que significa determinada palabra aun cuando algunos le den una significación diferente a otros. Podemos entender (acto derivado de la transacción comunicacional) pero sin comprender (es decir, sin ningún tipo de internalización).

De esta forma, toda construcción debe ser nombrada y aprehendida, por tanto no puede ser comprendida si no está inmersa en la lengua. (Saphir, 1941:80) (Lee Whorf, 1971: 245). Más tarde se conocería a esta idea como la hipótesis Saphir-Whorf. Por ejemplo, los indios Hopi en Estados Unidos de América no conocen (lingüísticamente) los vocablos pasado, presente y futuro, por lo tanto no comprenden el concepto del tiempo como los occidentales europeos. Desde esta perspectiva, la consciencia y de la experiencia subjetiva no escapa a la socialización lingüística. (Schutz, 1974:20-50) (Searle, 1997:28-35).

La gramática y el lenguaje proveen de constructos que facilitan el desarrollo del hombre en su entorno. Su función permite comprender el complejo mundo social que lo rodea. Paradójicamente, al igual que la cultura el lenguaje une pero a la vez diferencia (Hall, 1989:10-22). Sin embargo, aun cuando dos sujetos comparten los mismos códigos lingüísticos existe la posibilidad en ciertas disrupciones cuando una de las partes no se puede reconstruir el “estar en el mundo” del otro. Así comienza la ruptura del proceso comunicativo (Keen, 1982: 33-38).

La influencia del término porque

Un novedoso experimento, llevado a cabo por la profesora Langer de la Universidad de California, y citado correctamente por Ceberio y Watzlawick (1998:150) describe el proceso por el cual ciertos términos influyen en la realidad de otro sujeto. El objetivo del experimento es intentar modificar las relaciones y las reacciones entre las personas a través de una fórmula semántica. Al respecto, los autores afirman *“el principio explicativo no solamente se aplicó en las investigaciones científicas, sino (y es común en todo proceso) que invadió otros campos y llegó a instalarse como un estilo sociocultural. La lógica del porque, causal-lineal, es parte del discurso habitual en la interacción de los seres humanos, en mayor o en menor medida, según la cultura”*.

El experimento mencionado, consistía en estudiar en una cola de espera para sacar fotocopias las reacciones de los participantes según las proposiciones semánticas del actor. Ante la fórmula “perdona, tengo cinco páginas ¿puedo usar la fotocopidora, porque tengo mucha prisa”, el 95% de los interpelados dejó su lugar al peticionante. Entonces, Ceberio y Watzlawick asumen que la fórmula “porque tengo mucha prisa” ha sido desencadenante y explicativa de la reacción. Estos resultados, se validan en un segundo intento donde la fórmula se refiere a “¿puedo usar la fotocopidora?” la cual decae su porcentaje de eficacia al 60%. Sin embargo, una tercera reformulación orientada a “perdona tengo cinco páginas ¿puedo usar la fotocopidora?, porque tengo que hacer fotocopias” alcanza también un alto porcentaje de adhesión (93%).

Este novedoso trabajo, sugiere la idea que el influyente no era la fórmula en sí sino sólo el término *porque*, como causalmente explicativo. Los autores, entonces, concluyen *“el término porque avalaría motivacionalmente una acción a través de la explicación; en la tercera intervención, a pesar de la ilógica respuesta, ya que el motivo no agrega ningún contenido nuevo a la petición, abre camino a la acción. Parece ser que la palabra posee tanta fuerza en la comunicación que no permite la repetición (la escucha) del contenido”*. (ibid: 150)

Esta misma exposición puede leerse en Gregory Bateson como el “principio dormitivo” por el cual una explicación se remite a una linealidad de pensamiento donde predisponen la causalidad que motiva la acción. En consecuencia, la necesidad de buscar explicaciones funciona como forma sedativa ante contextos de incertidumbre o escasa previsión de los potenciales eventos. En perspectiva sistémica, cualquier evento externo es captado por el sistema; si el mismo genera un desequilibrio (crisis) surge la pregunta y una derivada explicación causal del estímulo el cual finalmente permite por medio de la comprensión adquirir nuevamente el equilibrio (homeostasis). Si la respuesta, no puede ser construida por medio de la pregunta la crisis adquiere un papel disgregador (Bateson, 1979).

En analogía, el lingüista Basil Bernstein explica las disfuncionalidades de la comunicación como construcciones de códigos específicos generadores de solidaridad de clase. En efecto, existe en el habla humana un código restringido

y elaborado. Ambos son internalizados por medio de los canales de socialización de grupo durante la edad temprana. Así, un niño inglés de clase baja cuando protesta recibe un mensaje por parte de su madre que versa en “basta!, pórtate bien” mientras que al mismo estímulo una madre de clase media diría “si te portas bien entonces mama te va a comprar”. En el segundo, caso el código elaborado sugiere una cadena de medios afines los cuales tienen como función modelar el comportamiento del niño. La posibilidad de construir el *porque* debe portarse de determinada forma y no de otra se vincula a un premio o posterior castigo. Estos mecanismos, se encuentran presentes en todas las esferas de la sociedad subordinando a ciertos grupos (socializados en el código restringido) a aquellos grupos que manejan el código elaborado. La diferencia y lucha de clases, en Bernstein adquiere una naturaleza lingüística (Bernstein, 1989).

En resumidas cuentas, las palabras no son ingenuas y los sentidos creados para palabras varían acorde los tiempos y a ciertos grupos específicos que le crean sentido y reacción. Así, la palabra Patrimonio ha sido considerada de diferentes formas a lo largo de los tiempos y a la vez ha sido desarrollada según diferentes intereses. Parte del problema, en no abordar los términos de una manera crítica consiste en una posterior naturalización de los mismos y con ella una “alienación conceptual”.

El Patrimonio como forma de enajenación

En su trabajo *El patrimonio turístico: definiciones, conceptos y etimologías de las palabras*, Korstanje analiza la influencia de los diferentes modos productivos en relación al significado que se le da la palabra patrimonio en la disciplina científica. Más específicamente, “A diferencia de la forma que tenían los antiguos de comprender el término, en las sociedades occidentales modernas se vincula discursivamente a la preservación y al patrimonio con los conceptos de producción, almacenamiento y control. Esto, no sólo que lleva a confusión sino que además pretende ser un alegato en contra del avance desmedido (voraz) de los intereses económicos. Así, el patrimonio se convierte en un bastión de legitimidad, identidad, autenticidad y defensa de los valores culturales frente a la homogeneización (institucionalización) del régimen capitalista” (Korstanje, 2008a:19).

En la antigüedad los romanos comprendían al vocablo como aquello que se delega por parte del padre. Su vínculo a la vida social de ese entonces estaba forjado por la religión y el culto a los dioses lares. Acorde a esta explicación, las cosas (res), podían clasificarse *res in patrimonio* y *res extra patrimonio*. Aunque jurídicamente, no existía una codificación precisa para la palabra, los romanos tenían muy presente la idea de conservación (heredada de los griegos).

Evidentemente, fue durante siglo decimonónico cuando que el concepto patrimonial comienza a adquirir un significado diferente al que los antiguos le asignaban. Ya no se refería a aquel legado paterno sino más bien al objeto plausible de ser conservado; y como en el arte y en la ciencia la edad media

había dejado muchos objetos de gran valor para ser conservados, surgen los intereses de los museos y coleccionistas por la adquisición de objetos arcaicos.

El término es introducido en el turismo (legado de la ciencia jurídica) por primera vez a través de los estudios de J. Heytens (1978) y P. Gray (1982) donde se hacía referencia al patrimonio como elemento fundamental de la actividad turística. Desde ese entonces, un número cada vez mayor de investigadores ha desarrollado interesantes trabajos relacionados al concepto de patrimonio turístico. Sin embargo, pocos se han cuestionado realmente (desde un punto de vista crítico) lo que se entiende por tal.

Según los trabajos de reconocidos investigadores en la materia pudimos establecer (en ellos) los siguientes puntos en común (Prats, 2003) (Mondino, 2004) (Espeitx, 2004) (Aguirre, 2007).

- a) El patrimonio turístico como proceso activar de la participación económica local.
- b) El patrimonio como recurso y discurso de poder político.
- c) El patrimonio como conjunto de bienes (objetos) capaces de ser (valorados) almacenados (stock).
- d) El patrimonio (y también el turístico) actúa como sintetizador de valores culturales (intercambio mercantil), estableciendo un puente entre la historia y el presente.
- e) El patrimonio exige ser conservado y preservado de los efectos de la economía de mercado global.

Los mismos sesgos, se observan cuando se habla de turismo “étnico o cultural” asumiendo que sólo ciertos grupos subordinados al orden vigente pueden ser considerados de esa manera. En consecuencia, el turismo cultural es sólo un gran error importado de las doctrinas antropológicas del siglo XIX las cuales hacían referencia a que ciertas “culturas primitivas” estaban el peligro de desaparición. El deber del “buen científico”, entonces radicaba en registrar esas culturas antes de su desaparición. La modernización también existía en ese entonces y como en la actualidad.

Sin embargo, las culturas lejanas no parecían tan armónicas como se creía ni mucho menos de una composición tan simple. Tras el período de descolonización de mediados del siglo XX, los estudiosos comienzan a observar ciertas dinámicas que hasta ahora parecían irreconocibles, surge el conflicto social y la antropología política como una nueva forma de estudio. Esta crisis, indudablemente, se debe a la forma en que fue construida la disciplina en sus orígenes. Si partimos de la base que la antropología se ocupó del estudio de los pueblos “primitivos”, y con el transcurso de los años éstos se “civilizaban”, ¿cuál sería entonces la misión y el objeto de estudio de la misma?. ¿Esto supondría que la disciplina estaba condenada a desaparecer también?. (Aunque esto obviamente no ha sucedido).

Según los antropólogos anteriores al proceso de descolonización (sobre todo la escuela Social Británica) sostenían que si bien el conflicto existía en estas sociedades, imperaba un clima paz e intercambio. Además, una vez

derrumbado el orden colonial se comienza a ver que estas sociedades no eran tan pacíficas como se creía. El mismo Malinowski admite su fracaso en no haber insistido en la influencia colonial sobre las relaciones de los tobríandeses.

Resumiendo, el proceso de descolonización, como todo proceso político, produjo en el pensamiento antropológico una especie de “auto-conciencia”. Ya su preocupación no era el etnocentrismo ni la desaparición de “las culturas exóticas”, sino los procesos políticos y en el cambio social como estructuras que condicionan y a la vez son condicionadas por las relaciones sociales. En efecto, surge lo que podríamos llamar “una antropología política y del conflicto”, noción hasta entonces parecía semi-desconocida. (Jameson, 1989) (Said, 1996) (Gledhill, 2000). Por lo tanto, a la hora de crear una disciplina no es extraño que ésta se sirva de términos creados y utilizados por otras, el problema radica en su no comprensión y perspectiva crítica (Korstanje, 2008b). Análogos problemas se observa en los turistólogos cuando se preocupan de temas como el desarrollo, la ociosidad y los antecedentes de la civilización romana y el otium dentro del espíritu moderno y la conformación del turismo.

El desarrollo como forma de progreso

La noción de *desarrollo* como han demostrado algunos autores, tiene sus orígenes en el discurso del presidente Truman el 20 de Enero de 1949. Desde ese entonces, la palabra ha adquirido un sentido específico entre los hombres: los que pertenecen a un mundo desarrollado y aquellos excluidos de éste. (Escobar, 1997) (Viola, 2000) (Esteva, 2000). También otros se han interesado por demostrar ciertas semejanzas estructurales entre el Imperio Romano y los Estados Unidos de América en cuanto a la formación de ciertas ideologías como “la globalización y la oikoumene”. (Hidalgo de la Vega, 2005)

Así, esta “utopía” no sólo despertó muchos adeptos sino que pronto vio o (mejor dicho) demostró su lado oscuro (Esteva, 2000). Lo que se conoce como la etapa del “Estado de Bienestar” intenta quebrar un proceso de acumulación ininterrumpida para propugnar por una mayor redistribución del ingreso; y en ese sentido, no es nada extraño que el “termino bienestar” esté presente en la mayoría de los discursos políticos tanto en los países que buscan el desarrollo como aquellos que pretenden enseñarles como obtenerlo. Al respecto, Cardarelli y Rosenfeld (1998:70) advierten “*en este marco, las tensiones que aparecen más fuertes y condicionantes de la participación social en los tiempos de la democracia son: eficiencia – equidad, crecimiento – empleo e inclusión-exclusión.*”

No obstante, ni el desarrollo, ni la democracia, como así tampoco la participación, los préstamos financieros y los ajustes económicos pudieron paliar las graves crisis que han enfrentado los países periféricos en su constante peregrinación hacia “la meca del desarrollo”; ya no cuestionando la misma idea de “desarrollo” sino convirtiéndola en una forma ideológica de poder. (Escobar, 1997)

La planificación como institución racional debería (entonces) asegurar un correcto desenvolvimiento y concreción de las estrategias a seguir. De esta manera, según Esteva se extiende a todo el mundo (en forma de conquista ideológica en el mejor sentido marxiano) la noción de escasez. A tal efecto, la vida social se centraría exclusivamente en la “piedra angular de la escasez”. En resumidas cuentas y según el autor, se parte del supuesto de que los deseos del hombre son elevados en comparación a sus recursos; por tal motivo, la planificación estratégica lo ayuda a organizar racionalmente sus recursos para cumplimentar sus expectativas. Se parte, así de una visión mutilada de la naturaleza humana la cual lo subordina al orden económico vigente. El discurso de Truman marca un antes y un después no sólo en la cuestión del desarrollo sino la incursión de los Estados Unidos en la escena política mundial.

En esta misma línea, Corbalán (2004) marca el hito de la hegemonía estadounidense entre las décadas de 1980 y 1990. En ese lapso, los Estados Unidos cambiaron el eje discursivo de la “conquista”. La racionalidad como modelo de distinción dio origen, en su lugar, al concepto de “gubernabilidad”. Los especialistas, para ser más exactos los trilateralistas, propugnaron abolir la lógica intervencionista del Estado y sustituirla por la del “libre mercado”. La progresiva pérdida de hegemonía de los Estados Unidos luego de la irrupción cubana, la liberación de África, y los movimientos independentistas en el medio oriente, conllevó a un cambio de dirección en plan de control. El disciplinamiento, a diferencia del colonialismo, no se hacía sobre la población por medio de la coacción sino por medio de las fuerzas de trabajo.

En este sentido, tanto los organismos de préstamo internacional como el Banco Mundial, enviaban a sus asesores (expertos) a aquellos Estados que solicitaban (o no) una ayuda financiera y los “guiaban” en materia de “reformas estructurales”. Todos estos cursos de acción combinados lograron (temporalmente) aplacar los ánimos de ciertos regionalismos o movimientos nacionalistas locales. (Corbalán, 2004)

El Turismo como forma de Desarrollo

En los últimos treinta años, el turismo ha pasado a formar parte de la economía mundial como una de las actividades más “prometedoras”. Si bien por su naturaleza posee ciertas sensibilidades hacia los estímulos hostiles del medio (como ser catástrofes o conflictos), se ha sabido ubicar en la mayoría de las culturas del globo. Entre los mecanismos que han ayudado a su consolidación podemos citar brevemente a los siguientes factores: a) una alta tecnificación capitalista que mejoró las formas de transporte, b) la reducción de las horas laborales lo cual dio mayor tiempo de ocio, c) un aumento salarial acorde en ciertas sociedades “desarrolladas”. (Schluter, 2003) (Munné, 1999) (Getino, 2002) (Wallingre, 2007).

En este contexto, Korstanje (2007b) sostiene que existe una diferencia sustancial entre el turismo como fenómeno moderno y cualquier otro viaje o práctica de ocio utilizada en el pasado como pueden ser los *ludii gladiatorii*. Sin embargo, en las últimas décadas el turismo se ha perfilado como un supuesto

instrumento capaz de sacar a los países del estado de pobreza en el cual se encontraban; y también como en el caso del desarrollo no tardaron quienes criticaron esta postura por su falta de resultados.

Por su lado, De Kadt cuestionó seriamente las bases del desarrollo turístico como una forma de mejoramiento en la calidad de vida de aquellos pueblos que incursionaban por primera vez en este rubro. En concordancia, con la tesis de la periferia, de Kadt sostiene que en aquellos países los cuales han tenido un pasado de subyugamiento y dominación colonialista, tendrán menores posibilidades de experimentar “el desarrollo turístico” en forma positiva; en comparación con aquellos quienes no experimentaron ningún lazo de dominación. (Kadt, 1992)

Para el caso de Turner y Ash, el turismo era simplemente una forma más de dominación ideológica capitalista. Los grandes centros de acumulación del capital, se conformaban como los centros emisores de turistas e inversionistas, quienes a su paso hacían uso del consumo como su principal característica. Los países “no desarrollados” sólo cumplían un rol pasivo en albergar a estas verdaderas “hordas doradas” (turistas) las cuales agotaban todo recurso disponible a su alrededor. (Turner y Ash, 1975) (Jiménez Guzmán, 1986)

Esta postura (corriente) crítica dio como origen la noción de Turismo Sustentable, el cual a diferencia de su predecesor (el turismo convencional) tenía como objetivo el cuidado del medio ambiente, y el desarrollo de la población anfitriona. La planificación (como instrumento de la racionalidad humana) sería capaz de organizar y articular los diferentes componentes del sistema turístico para paliar las consecuencias negativas del mismo. (Acerenza, 1991) (Bouillon, 1985) (Jafari, 2005)

En la actualidad, diversos investigadores y reconocidos académicos recomiendan al turismo como forma segura y sostenida de generar riqueza, participación social, endo-crecimiento, la revalorización o rescate cultura, y el desarrollo de ciertas localidades o sitios que no poseen una infraestructura industrial previa (Vitry, 2003) (Dos Santos y Antonini, 2004) (Silva Santo, 2003) (Toselli, 2006).

Con la *antropología del desarrollo* puede considerarse la hipótesis que la hegemonía de los Estados Unidos se ubica a mediados del siglo XX con los primeros discursos sobre ayuda económica para los países “del tercer mundo” y se ha consolidado (posteriormente) con la tesis trilateralista de los préstamos de los organismos financieros internacionales sobre ciertos Estados solicitantes. A ello se agrega, la conformación del Turismo (dentro de otras muchas industrias o actividades) como un fenómeno económico o instrumento de “desarrollo”; recomendando por los “expertos” y instituciones de ayuda financiera funcionales al poder estadounidense y europeo.

Los turistas como una clase ociosa (una mala interpretación)

El objeto del siguiente apartado es interpretar minuciosamente el sentido que Veblen quiso darle a su teoría sobre “*la clase ociosa*” como así también su relación con el mundo académico universitario. En la actualidad, la bibliografía especializada en turismo apunta a la construcción de la clase ociosa, sólo como una forma de consumo de bienes y servicios de naturaleza ostentosa. En este punto, se considera a los “turistas” como verdaderos exponentes de la misma. Sin embargo, ¿estamos seguros de que esto sea así?, ¿no son los propios intelectuales parte de la mismo grupo del cual desdeñan?. Por tal motivo, consideramos oportuno realizar una nueva lectura de los hallazgos, y reflexiones del autor.

Thorstein Bunde Veblen, economista estadounidense de origen noruego nacido en 1857, fue uno de los primeros en estudiar ciertos aspectos relacionados al consumo conspicuo y la emulación pecuniaria. Sus hallazgos y reflexiones, fueron un amplio material para sociólogos, psicólogos y antropólogos de todas las épocas. Entre sus obras, se destaca (como ya hemos mencionado) *La Clase ociosa* obra que por sí misma resalta entre otras cosas el papel de los intelectuales como clase destinada a la no productividad. En el turismo, Veblen fue adaptado y en cierta manera mal interpretado. Más específicamente se nos habla de los turistas como “una clase ociosa” cuyas dinámicas y demandas se basan en el consumo ostentoso; si es posible que esto sea así, Veblen nunca estuvo preocupado o pensó en los turistas como exponentes de la clase ociosa. A líneas generales, ello nos lleva a una re-interpretación de este “brillante” economista en forma detallada y reflexiva. La obra de referencia, comienza con un prólogo del ya fallecido Kenneth Galbraith que dice así “*sólo hay que tomar en cuenta que, si se desea apreciar a Veblen, se le debe leer muy cuidadosa y lentamente. Veblen ilustra, divierte y deleita, pero sólo si se le dedica bastante tiempo*” (Galbraith, XX, en Veblen, 1974).

Para Veblen, las sociedades se dividen irreparablemente en clases. Si bien existen varias de ellas dentro de un grupo extenso, por lo general adquieren una tendencia bipolar a constituirse en dos principales: la productiva-técnica y la ociosa. Además, existe una vinculación directa de la producción económica con el paso de la historia; en los orígenes de la vida social nómada y sedentaria podemos observar una carencia de la *emulación pecuniaria*. Veblen lo explica de la siguiente forma, “*durante aquella fase primitiva de desarrollo social en que la comunidad es aún habitualmente pacífica, acaso sedentaria, y no tiene un sistema desarrollado de propiedad individual, la eficiencia del individuo se demuestra de modo especial y más consistente en alguna tarea que impulse la vida de grupo. La emulación de tipo económico que se produzca en tal grupo será, sobre todo, emulación en el terreno de la utilidad industrial*” (Veblen, 1974:24).

A la vez, que una sociedad pasa del “Estadio de Salvajismo” cambian las condiciones de vida aumentando los incentivos de emulación. La actividad de los hombres adquiere un “carácter de hazaña” y se reemplaza la productividad por el premio, los botines, el honor y los trofeos. Llevado esto mismo al trabajo, Veblen distingue el “trabajo productivo” de los “servicios”. Pero ¿cuál es la

influencia del ocio más específicamente?. Una clase ociosa surge (resumidamente) de la concatenación de diversas variables. En primera instancia, existe una sustitución e incorporación del principio de propiedad; esto significa asignarle al acto consumista (ostentación de riqueza) un aspecto de transferencia simbólica. Veblen, lo escribe muy claramente *“la posesión de la riqueza confiere honor; es una distinción valorativa (individuos dictintion)”* (ibid: 32).

Por otro lado, la propiedad comienza como forma de botín en un sentido de “trofeo”. La organización comunal “primitiva” poco a poco fue dando lugar a organizaciones más complejas. Los individuos comenzaron a enfrentarse con otros grupos que les eran hostiles. La propiedad reposaba sobre el principio de guerra y en consecuencia se daba una comparación entre los poseedores y los despojados. A esta etapa, Veblen la denomina “propiedad comunal”; es decir, la propiedad como institución descansaba sobre una simbología distintiva del grupo. Pero, cuando los hombres adquieren la riqueza o la posesión individual gana mayor peso como forma de reconocimiento y estima. La riqueza en cierta manera, confiere honor a quien la posee y éste último, se legitima en ella. Sin embargo, ¿cuál es más específicamente el papel del ocio?.

Veblen, comienza su capítulo III diciendo *“el efecto inmediato de una lucha pecuniaria como la que se ha escrito esquemáticamente sería – de no estar modificada su influencia por otras fuerzas económicas u otras características del proceso emulativo- hacer a los hombres industriosos y frugales”* (ibid: 43). La eficiencia es en las clases productivas (inferiores) una forma también de distinción social. Pero en los estratos superiores se da una especie de “sucedad ceremonial” en la que *“todas las personas de gusto refinado sienten que ciertos oficios –que convencionalmente se consideran serviles- llevan unida con inseparabilidad una cierta contaminación espiritual. Se condena y evita sin titubear un instante las apariencias vulgares, las habitaciones mezquinas (es decir, baratas) y las ocupaciones vulgarmente productivas”* (ibid: 45).

Esta necesidad de ostentar bienes los cuales toman un sentido simbólico, llevan indefectiblemente al “consumo conspicuo”. Precisamente, éste es uno de los valores más presentes y distintivos de la “clase ociosa”. Los individuos que forman parte de la clase ociosa se interesan por las cuestiones teóricas y abstractas, en cierta forma establecen ciertos códigos y normas de modales para adoctrinar a las clases productivas. Por otro lado, en su afán de ostentación prefieren practicar ocupaciones relacionadas a la educación, la guerra, los deportes, el gobierno y los quehaceres religiosos. Por tanto para Veblen, conforman en general a este grupo: gobernantes, deportistas, clérigos, militares e intelectuales. En este sentido, el ocio para el autor no significa otra cosa que *“pasar el tiempo sin hacer nada productivo: 1) por un sentido de la indignidad del trabajo productivo, y 2) como demostración de una capacidad pecuniaria que permite una vida de ociosidad”* (ibid: 51).

Este párrafo ilustra magníficamente el sentido que Veblen dio a su teoría; la que luego fue precisamente tergiversada por los intelectuales y aplicada a los turistas. En principio, Veblen no se refirió en ninguno de sus textos a los

turistas como exponentes ejemplares de la “clase ociosa”. En primer instancia, esto se debe a que podríamos decir que los turistas son “momentáneamente ociosos” en el sentido por el cual deben reinsertarse en la producción cotidiana. Segundo, la posibilidad de practicar turismo es precisamente un código que revela una pertenencia a un grupo productivo. Al margen de cualquier especulación personal, es posible que ciertos grupos al no estar ocupados cotidianamente se dediquen a viajar por el mundo en forma de “eternos viatores”; pero obviamente esto sugiere una idea de minoría. El turismo popular o masivo como hoy se conoce parece estar lejos del sentido de clase ociosa del propio Veblen. Por otro lado, se omite la descarnada y elocuente explicación del autor sobre los intelectuales; estos sí como verdaderos exponentes de lo que se comprende por una “clase ociosa”.

En su apartado XIV titulado *el saber como expresión de la cultura pecuniaria*, el economista estadounidense afirma “*los hábitos mentales formados de este modo bajo la guía de profesores y tradiciones académicas tienen un valor económico –un valor por lo que afecta a la utilidad del individuo- no menos real que el valor económico similar de los hábitos mentales formados sin esa guía bajo la disciplina de la vida cotidiana*” (ibid: 369). Los intelectuales al igual que los políticos buscan constantemente la distinción pecuniaria a través de cánones específicos como la disciplina y el saber. El esquema educativo se convierte, entonces, en una forma reproductiva de la “clase ociosa”. Continúa el autor, “*es en el saber, y de modo más particular en el saber superior, donde más patente resulta la influencia de los ideales de la clase ociosa; y como el propósito que aquí nos guía no es el presentar una exhaustiva recolección de datos que muestre el efecto producido por la educación por la cultura pecuniaria, sino el de poner de manifiesto el método y tendencia de la influencia ejercida por esta clase ociosa sobre la educación*” (ibid: 369-370).

En los inicios, el saber “primitivo” era monopolizado por los sacerdotes bajo pautas de transmisión ritualista-ceremonial. El interés particular, estaba vinculado a una especie de intersección transaccional entre las divinidades y los hombres. Uno daba una ofrenda para recibir a cambio protección y/o benevolencia por parte de los dioses. Este conocimiento le dio a esta clase un poder tanto sobre el vulgo como sobre los señores feudales. “*el elemento del saber es aún, y ha sido en todo tiempo, un elemento muy atractivo y eficaz para la finalidad de impresionar y aun de engañar a los ignorantes; y a los ojos del analfabeto total la posición del sabio se valora, en gran parte en términos de su familiaridad con las fuerzas ocultas*” (ibid: 371-372).

Para Veblen, el saber es un producto de un estrato vicario el cual deviene de los sacerdotes. Esta posición privilegiada de intermediarios entre lo divino y lo profano, les dio ciertos atributos ostensibles y plausibles de valoración económica por los cuales se alejaron del trabajo productivo. En su búsqueda del “significado”, los intelectuales (y también los sacerdotes) se constituyeron en una verdadera clase ociosa. La liturgia universitaria, recurre a diferentes objetos fetiche para legitimar su régimen como ser las togas, las tesis, la colación de grado, la ortografía, el birrete entre otras. Estos elementos rituales distinguen el saber superior del técnico. Mientras el primero se relaciona con una forma de consumo ostentoso, la primera se aboca a la producción

tecnificada. Por otra parte, la complejidad del ritual en los claustros universitarios es otro hecho que marca la presencia de un grupo ocioso. No se educa para producir, sino que se educar por el sólo fin de hacerlo.

Desde otra perspectiva, Veblen nos ayuda a comprender la función de la erudición y la ortografía (como regla impuesta del lenguaje) en la reproducción de los intelectuales. En efecto, las reglas sintácticas y gramaticales dan sentido al lenguaje y a través de ella ubica a los eruditos en una posición de control y hegemonía sobre el resto. No basta con escribir y dar sentido a la escritura, sino hay que hacerlo de determinada forma. En otras palabras, es la propia gramática la que da sentido a la escritura. No es extraño ver a las “clases privilegiadas” de cualquier sociedad invertir verdaderas fortunas en la educación de sus hijos; como así tampoco ver la influencia de los sectores religiosos en la historia de la educación universitaria. De esta manera, la clase ociosa no sólo mantiene el control de los medios productivos, estéticos y de consumo; sino también de los educativos. *“El caballero ocioso verdaderamente bien educado debe ver y ve el mundo desde el punto de vista de la relación personal; y es el interés cognoscitivo en la medida en que logra alcanzar expresión en él tiene que tratar de sistematizar los fenómenos sobre esa base. Así ocurre con el caballero de la vieja escuela, en quien los ideales de clase ociosa no han sufrido ninguna desintegración; y esa misma es la actitud de su descendiente actual, en la medida en que es heredero de todo el conjunto de las virtudes de la clase superior”* (ibid: 390-391).

Si bien la Ciencia ha tomado contacto con el mundo industrial, su génesis para Veblen es parte inherente de la clase ociosa en el sentido impuesto del reconocimiento por mérito (cuya expresión máxima es el currículum vitae). Los científicos (al igual que los intelectuales) adquieren un valor y estatus específico dentro del grupo social. Pero lo que marca, quizás, con mayor elocuencia su pertenencia a este grupo, no es su accionar sino las formas de relación que en él imperan. En efecto, los científicos no tienen desarrollada la idea de comunidad en el sentido industrial; sus hallazgos son individuales como así sus formas de cooperación e integración. *“así, pues, los hábitos mentales impuestos por la vida industrial moderna han encontrado expresión y elaboración coherentes como cuerpos de conocimiento científicos teóricos que se ocupa de la secuencia causal de los fenómenos, a través de esos grupos de hombres – investigadores, sabios, hombres de ciencia, inventores, especuladores – la mayor parte de los cuales ha realizado su obra más importante fuera del abrigo de las instituciones académicas”* (ibid: 393).

De esta manera, las humanidades modelan el sistema de consumo egocéntrico por medio de valores como la “belleza” y el “bien”; pero es en la excelencia (como forma honorífica) en donde los intelectuales tienen mayor influencia. La posibilidad de categorizar los saberes con términos como “bajo”, “medio”, “alto”, “superior” e “inferior” está fuera de toda lógica industrial. Al respecto, Veblen sostiene *“todos estos epítetos son honoríficos o humillantes; es decir, son términos de comparación valorativa que, en último análisis, entran en la categoría de lo que contribuye a dar y mantener una buena reputación o a quitarla; es decir, corresponden al conjunto de ideas que caracteriza el esquema general de la vida del régimen de status”* (ibid: 399).

Entonces, la hegemonía creada por estos centros de “excelencia” educativa es para Veblen una forma de crear sentido y transmitir códigos específicos de honor y estatus. El privilegio, es considerado por esta clase como el criterio principal de distinción y diferenciación entre los hombres. Una dicción “elegante” sea en lo oral como en la escritura es necesaria para distinguir al erudito de quien no lo es. En otras palabras, y concluyendo esta excelente obra *“el lenguaje clásico tiene la virtud honorífica de la dignidad; provoca atención y respeto porque es el método de comunicación acreditado dentro del esquema general de la vida de la clase ociosa, ya que comporta una clara sugestión de que quien lo emplea ha estado exento de toda ocupación industrial. La ventaja de las locuciones acreditadas consiste en que favorecen una buena reputación, y la favorecen porque son complicadas y anticuadas y sugieren, por ende, un derroche de tiempo y la exención del uso y de la necesidad de emplear un lenguaje directo y vigoroso”* (ibid: 406).

Hemos hasta aquí, transcrito y explicado el pensamiento de Veblen con respecto al papel de los intelectuales como estamento reproductivo de la clase ociosa; y pensamos, haberlo hecho de la forma más objetiva posible. En este sentido, *La Clase Ociosa* se conforma como una obra obligada para todos aquellos que incurran en temas de educación y trabajo. Pero además, simplifica, explica y describe con lujo de detalles, la influencia que los intelectuales han tenido a lo largo de los años en diferentes sociedades. Específicamente, para el caso del turismo sugerimos una re-interpretación de Veblen a la luz de aquellos que también lo estudiamos (ociosamente). Es erróneo trasladar el concepto de “clase ociosa” a los turistas, y en ese acto quedar impunes de toda responsabilidad; proyección podría convertirse en un vocablo oportuno para este caso.

El otium romano y su homología con el turismo

Por algún motivo, existe una fuerte atracción por parte de algunos turismólogos de recurrir constantemente a la historia del ocio y del tiempo libre en la antigua Roma, como elemento comparativo a la época actual. En ocasiones, sin distinción alguna del tema, varias obras comienzan haciendo una breve introducción histórica sobre la forma en que los antiguos romanos o griegos concebían al ocio. Si bien, este tipo de introducciones pueden ser (en parte) ilustrativas; por lo general carecen de profundidad, claridad o relación con el tema que se estudia.

Sin ir más lejos, Norberto Fortunato señala que tanto griegos como romanos concebían en sus mitos, al desierto en forma ambigua. En parte, éste representaba una búsqueda constante del paraíso terrenal antes del pecado, mientras que por otro lado, lo consideraban un lugar vacío de humanidad sumido en las tinieblas y el caos. (Fortunato, 2005:322).

Si bien los comentarios del autor parecen convincentes, la mitología romana parece no hacer expresa referencia al pecado o mejor dicho a la culpa como proceso de destierro o pérdida del paraíso. Aún cuando últimamente, algunos

estudiosos han encontrado algunas similitudes lingüísticas entre las lenguas semíticas e indo-europeas con respecto a los lexemas propios de la alteridad y la identidad (Segovia, 2007), este hecho parece asemejarse más a las figuras bíblicas de tradición judeo-cristiana con arreglos a rituales expiatorios que a la propia cosmología románica o latina. (Korstanje, 2007a)

Por otro lado, *“la existencia de un movimiento turístico en sentido moderno se constata por primera vez en tiempos del Imperio Romano”*, señalaba el británico J. A. Norval en el año 1935. (Norval, 1935). Otros exponentes como Osvaldo Getino explican que en Grecia antigua existían dos tipos de estratos sociales: los aristócratas y los esclavos. A los primeros les estaba reservado el *Scholé* o también conocido como el ocio, a los segundos su negación *a-scholé*. Análogamente a Grecia, en Roma los ciudadanos también tendrían la posibilidad de practicar el *otium* (ocio) mientras los esclavos el *neg-otium* (negación del ocio, negocio) (Getino, 2002).

Considera Norrild que *“al hacer referencia al turismo como parte del tiempo de ocio, Getino aplica un particular enfoque marxista al análisis y establece que cuanto más grandes sean los derechos que una sociedad ejerza sobre su tiempo de trabajo, mayores serán los de su tiempo libre. Con el objeto de legitimar el ocio, el autor se remonta al homo sapiens griego quien se dedicaba al cultivo del cuerpo y de la inteligencia; y muestra cómo en esa época anterior a Cristo el trabajo era considerado un mal necesario”* (Norrild, 2005).

Sin embargo, este comentario requiere (al menos) una consideración. Es ambicioso o por lo menos erróneo, señalar que el romano o griego en general veían al trabajo en forma negativa. De hecho, el origen económico de estos pueblos y gran parte de su mitología se basa en la exacerbación de la agricultura y el campo (Grimal, 1985). Sólo ciertos grupos de ciudadanos privilegiados veían al trabajo campesino como un aspecto negativo. Cada estrato social tenía incorporada una actividad que le era inherente a su grupo y por el cual se enorgullecía.

La esclavitud era un sistema de trabajo y en cierta forma también generador de prestigio; particularmente los patricios (una de los estratos mejor posicionados) consideraban que a mayor cantidad de trabajadores (esclavos) y tierras, mayor debía ser su fama y popularidad. Algunos esclavos (carentes de su libertad) poseían y vestían joyas que más de un ciudadano libre envidiaba. La comodidad y el confort de ciertos esclavos o libertos (sobre todo aquellos que eran patrimonio de la clase patricia) no coincidían con las sucesivas limitaciones que tenían los ciudadanos pertenecientes a la plebe.

Obviamente, que el resto de los estratos aspiraban a convertirse en patricios por uno u otros medios, y por ende copiaban o imitaban parte de sus prácticas. Ahora bien, esto no nos autoriza (por el momento) a señalar que la civilización romana disponía de cierta aversión hacia el trabajo. Por ejemplo, muchos legionarios –incluyendo oficiales de alta gama- una vez terminados sus servicios en los frentes (de batalla) se retiraban a sus campos para cultivar y disponer de sus cosechas. (Grimal, 2002)

De este modo (al igual que Norval), Getino da un salto conceptual enorme y presenta a las prácticas de los antiguos griegos y romanos como las formas elementales del turismo moderno. En esta línea, el autor olvida (tal vez) que el Imperio ha recibido aportes culturales de diferentes pueblos tales como celtas, egipcios, germanos, eslavos y otros (Korstanje, b2007). Por ende, trazar una línea directa entre Roma y Occidente parece una hipótesis que requiere ciertos reparos. (Grimal, 2002)

Por otro lado, el investigador Cioce Sampaio considera que la civilización griega fue un hito en la historia de la humanidad debido a su recontextualización y diseño de fenómenos estéticos y naturales expresados en la filosofía moral y espiritual (resaltando la solidaridad humana al bienestar individual). Aún con un desprecio manifiesto por los extranjeros, el autor sostiene que Grecia es al intento de unidad humana como Roma lo es al legado del Derecho. (Cioce Sampaio, 2005:293)

El problema que surge de esta interpretación es que (en primer lugar) hablar de Grecia es referirse a varias ligas que incluso después de la muerte de Alejandro (323 AC) estuvieron enfrentadas durante largo tiempo. Desde este punto de vista, los griegos no parecían ser tan unidos como sugiere el profesor Sampaio. En consecuencia, el concepto de privación de derechos hacia los extranjeros sugiere una explicación más profunda y extensa.

En realidad, no es que los griegos supusieran que los extranjeros (*barbaroi*) no tenían derechos por sólo serlo, sino que era “el entendimiento” aquel elemento cultural que marcaba la diferencia. Es decir, fue gracias a la influencia estoica que ordenaba el mundo de acuerdo a la razón que quienes se pensaban “no poseedores de esa facultad” eran considerados de menor jerarquía. No obstante, esto no nos autoriza a afirmar que la civilización griega consideraba en forma discriminatoria a los extranjeros. Así, existían tribus que daban indicios de la razón y otros que no. Para esta época y esta forma de pensamiento cuyo máximo exponente fue Zenón de Citio, la única diferencia entre los hombres es aquella que existe entre que hace uso o no de la razón (y del alma), la ciudadanía por lo tanto era abierta a todos los pueblos.

En sus comienzos, las tribus de Lacio también parecían ser tribus bárbaras para las ligas griegas. No obstante, el espíritu helénico (occidental) alcanza paulatinamente un nivel de transculturación que fue influyendo en la construcción de civilidad gracias a la interacción económica y cultural entre ambas civilizaciones. (Grimal, 2002)

Desde nuestro punto de vista, uno de los problemas principales que la mayoría de estos trabajos no pueden resolver es el hecho de concebir ciertas prácticas occidentales como producto exclusivo derivado de la antigüedad. Si bien esto, podría explicar algunas cuestiones de base que hacen al turismo como hoy lo conocemos, esta actividad mantiene una distancia considerable con respecto a la forma de ocio que practicaban los romanos. En este sentido, concebir a las sociedades modernas como las continuadoras de Roma no sólo se convierte en una tesis falsa sino también ideológicamente sesgada (Wolf, 1993).

Conclusiones

Todo parece indicar que los términos erróneos y polémicos son difundidos a escala global por diferentes mecanismos. Así, diferentes autores e investigadores consideran al Patrimonio turístico como una forma sustentable de desarrollo lo cual a su vez es beneficioso para aquellos pueblos “atrasados” del canal positivista y evolucionista de la civilización. También, la ociosidad parece un atributo de estatus y no una proyección sobre la propia inteligencia como la pensó su autor original.

Si esto es discutible, habrá que pensar seriamente los motivos que llevan a los pensadores a hablar de turismo cultural, cuando la cultura parece algo que trasciende las realidades de segundo orden; o cuando y como el otium latino invadió la vida moderna y dio origen al turismo.

Toda disciplina requiere de conceptos para fortalecerse. En ocasiones, estos procesos son graduales y se encuentran vinculados a otra disciplina sobre la cual se siente admiración por diferentes causas. Por ejemplo, la sociología en sus inicios miraba a la filosofía y aún en su crítica distante se evidenciaba su influencia. Asimismo, el turismo comienza a importar ciertos errores eruditos en el sentido de Korn, por los cuales conforma sus propios procesos de realidad.

Entonces, se importa de la antropología la necesidad de un Patrimonio como objeto recordatorio de la identidad de los pueblos. A su vez, también se requiere de los lineamientos sociologicistas del positivismo los cuales propugnan una carrera histórica hacia la civilización. Por último, construyen por medio de hipótesis supuestamente científicas escenarios históricos idealizados sobre determinado evento o civilización, incorporando también en similitud epistemológica ciertos objetos (hechos) y olvidando otros (selectivamente). Esto no significa, que el turismo se encuentre como disciplina académica en inferioridad de condiciones con respecto a otras disciplinas sino que por el contrario, debe emanciparse de ellas y en ese acto buscar su propia identidad metodológica. Ha sido, tal vez, su propia infravaloración lo que ha generado esa inefable admiración por otras disciplinas.

Referencias Bibliográficas

Aguirre, J. A. (2007). “Deseables y Posibles: participación comunitaria, patrimonio histórico-cultural, calidad ambiental y desarrollo turístico sostenible”. Pasos: revista de turismo y patrimonio cultural. Vol. 5 (1): 1-16. Disponible en www.pasosonline.org

Acerenza, M. A. (1991). *Administración del turismo: conceptualización y organización*. México: Editorial Trillas

Bateson, G. (1979). *Espíritu y naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Bernstein, B. (1989). *Clases, códigos, y control I. Estudios teóricos para una sociología del lenguaje*. Madrid: Akal Ediciones.

Boullon, R. (1985). *Planificación del Espacio Turístico*. México: Trillas.

Cardarelli, G. y Rosenfeld, M. (1998). *Las participaciones de la pobreza: programas y proyectos sociales*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Ceberio, M. y Watzlawick, P. (1998). *La Construcción del Universo: conceptos introductorios y reflexiones sobre epistemología, constructivimos y pensamiento sistémico*. Madrid: Editorial Herder.

Cioce Sampaio, C. A. (2005). "El turismo como fenómeno histórico". *Estudios y Perspectivas en Turismo*. Vol. 13 (3 y 4):290-302

Corbalán, M, A. (2004). "Intervención y disciplinamiento: función política de los organismos internacionales de crédito". *Ciclos*, año XVI, Volumen XVI (27) :1-15.

Dos Santos Correa, R. y Antonini Oliveira, B. (2004). "La gastronomía típica de la Isla de Santa Catarina, Brasil: su identidad como atractivo para el turismo cultural". *Estudios y Perspectivas en Turismo*. Vol. 13 (1 y 2):89-110.

Escobar, A. (1997). "Antropología y Desarrollo". *Revista Internacional de Ciencias Sociales*. Número 154. UNESCO.

Espeitx, E. (2004). "Patrimonio Alimentario y turismo: una relación singular". *Pasos: revista de turismo y patrimonio cultural*. Vol 2 (2): 193-213. Disponible en www.pasosonline.org

Esteva, G. (2000). "Desarrollo". En Viola Andreu (Compilador). *Antropología del Desarrollo*. Barcelona: Editorial Paidós.

Fortunato, N. (2005) "El territorio y sus representaciones como fuente de recursos turísticos: valores fundacionales del concepto de parque nacional". *Estudios y Perspectivas en Turismo*. Volumen 14 (5): 314-348.

Getino, O. (2002). *Turismo: entre el ocio y el neg-ocio*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.

Gray, P. (1982). "The Contribution of Economic Tourism". *Annals of Tourism Research*. Vol 9. (1) Pergamon Press. New York.

Grimal, P. (2002). *El Helenismo y el Auge de Roma: el mundo mediterráneo en la edad antigua II*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.

Gledhill, J. (2000). *El poder y sus disfraces: perspectivas antropológicas de la política*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Hall, E. (1989). *Beyond Culture*. New York: Anchor Books.

Heytens, J. (1978). *Les Effects du Tourisme Dans les Pays en Vie de Développement. Implications Economiques. Financières et Sociales. Les Cahiers du Tourisme.* Centre des Hautes Etudes du Tourisme. Provence: Universidad de Marsella.

Hidalgo de la Vega, M J. (2005). "Algunas reflexiones sobre los límites del oikoumene en el Imperio Romano". *Revista Gerión*. Vol.23 (1): 271-285.

Jafari, J. (2005). "El Turismo como disciplina científica". *Revista Política y Sociedad*. Volumen 42 (1): 39-56.

Jameson, F. (1989). *Documentos de cultura, documentos de barbarie.* Madrid: Editorial Visor.

Jiménez Guzmán, L. F. (1986). *Teoría Turística: un enfoque integral del hecho social.* Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Kadt, De E. (1992). *Turismo: ¿pasaporte al desarrollo?*. México: Editorial Endymion.

Keen, E. (1982). *A Primer Phenomenological Psychology.* Lanham: University Press of America.

Korstanje, M.

- (2007a). "Aportes de los viajes a las Ciencias Sociales: un relevamiento bibliográfico para un análisis teórico". *Revista Gestión Turística*. Número 8. Universidad Austral de Chile.

- (2007b). "Interpretando el Génesis del Descanso: una aproximación a los mitos y rituales del turismo". Material Inédito en proceso de publicación.

- (2008a). "El Patrimonio Turístico: definiciones, conceptos y etimologías de las palabras". Material inédito en proceso de publicación.

- (2008b). "Turismo Cultural: al rescate de lo exótico". Material a publicar en la *Revista de la Universidad Cristóbal Colón*, Veracruz, México.

Mondino de La Cruz, R. (2004). "Patrimonio Natural y Reservas Marinas." *Pasos: revista de turismo y patrimonio cultural*. Vol. 2 (2): 179-192. Disponible en www.pasosonline.org

Munné, F. (1999) *Psicología del tiempo Libre.* México: Editorial Trillas.

Norrild, J. (2005). "Turismo. Entre el ocio y el neg-ocio: identidad cultural y desarrollo económico en América Latina y MERCOSUR". *Estudios y Perspectivas en Turismo*. Volumen 14. número 4. Pp.: 369-372

Norval, A. J. (1935). *La Industria Turística.* Traducción y presentación de Francisco Muñoz de Escalona (2007). Disponible en www.eumed.net/coursecon/libreria. Universidad de Málaga, España.

Prats, L. (2003). "Patrimonio + Turismo = ¿desarrollo?. Pasos: revista de turismo y patrimonio cultural. Vol. 1 (2): 127-136. Disponible en www.pasosonline.org

Saphir, E. (1941). *Language, Culture and Personality*. Menasha : Saphir Memorial Publications.

Said, E. (1996). *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Schutz, A. (1974). *El Problema de la Realidad Social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Searle, J. (1997). *La construcción de la Realidad Social*. Barcelona: Editorial Paidós.

Segovia, C. (2007). "El mismo y el otro. La evolución asimétrica de algunos lexemas propios de las lenguas semíticas e indoeuropeas y su incidencia en la revelación bíblica y coránica". Revista Límite. Volumen 2. Número 5. Pp: 21-37

Silva Santo, L. M. (2003). "El Quibe en la mesa bahiana: la influencia árabe en la gastronomía de Bahía, Brasil". En *Gastronomía y Turismo: cultura al plato*. Lacanau Gloria y Norrild Juana (coordinadores). Buenos Aires: CIET. Pp. 267-274.

Toselli, C. (2006). "Algunas reflexiones sobre el turismo cultural". Revista Pasos: revista de turismo y patrimonio cultural. Vol. 4 (2): 175-182.

Turner, L. y Ash, J. (1975). *The Golden hordes: International Tourism and the pleasure Periphery*. Londres: Constable Edit.

Veblen, T. (1974). *La Clase Ociosa*. México: Fondo de Cultura Económica.

Viola, A. (2000). "La Crisis del desarrollo y el surgimiento de la antropología del desarrollo". En *Antropología del Desarrollo*. Barcelona: Paidós.

Vitry, C. (2003). "Fiesta Nacional de la Pachamama: el ritual de alimentar a la tierra". En *Gastronomía y Turismo: cultura al plato*. Lacanau Gloria y Norrild Juana (coordinadores). Buenos Aires: CIET. Pp. 227-244.

Wallingre, N. (2007). *Historia del Turismo argentino*. Buenos Aires: Ediciones Turísticas.

Whorf Lee, B. (1971). *Lenguaje, Pensamiento y Realidad*. Barcelona: Barral Editores.

Wolf, E. (1993). *Europa y la gente sin historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.